

license; al emperador Adriano, á quien hace nacer en Roma su biógrafo Elio Sparciano, si bien otros lo contradicen, reconociendo todos por otra parte que era de Itálica su proge; y á Teodosio, cuyo nacimiento se disputan varias gentes españolas, inclinándose modernamente el grande anticuario sevillano D. Antonio Delgado á la parte de Cauca y no á la de Itálica.

La investigación del municipio Siarense ocupa mucho menos lugar en RODRIGO CARO, quien propiamente no empieza su historia sino después de la Reconquista, cuando ya Utrera tenía el nombre que hoy conserva. Narra, pues, en los dos libros sucesivos las conquistas de San Fernando y Alfonso el Sabio, los preliminares de la batalla del Salado en tiempo de Alfonso XI y la parte que en ella cupo á Utrera; describe largamente la fertilidad y hermosura de su tierra, sus viñas y sus montes, sus pozos y salinas; refiere la destrucción del pueblo por Mahomad, rey de Granada, en 1368, su repoblación y el gobierno y costumbres municipales que tuvo mientras fué frontera; los bandos de Ponces y Guzmanes en el siglo xv, apaciguados por las tremendas justicias de la Reina Católica; las hazañas del capitán Bohorquez en la sorpresa de Alhama; la heroica muerte del Comendador de Estepa en la

Axarquía; la victoria del conde de Palma en Lopera, y cuantas hazañas hicieron los utrerenses en la guerra de Granada; el viaje de Pedro García de Xerez á Sicilia para comprar trigo en la gran carestía de 1521; cuánto se hicieron famosos por ánimo indomado y fortaleza de armas Perafán de Ribera en África, Montes de Oca en Italia y Flandes y en campos menos honrados y remotos el Afanador y Miguel de Silva, y otros famosos *guapos* y jaquetones de Utrera; de aquellos del brazo de hierro y de la mano airada. Todo lo cual, y otras muchas cosas no menos dignas de saberse, así de los anales seculares como de los eclesiásticos de Utrera, lo describe y pinta RODRIGO CARO con tal viveza, animación y gracia, que no parece sino que lo vemos presente. ¡Dichoso aquel pueblo de honrados labradores, que puede regocijarse con la memoria de tal hijo y con la lectura de tal historiador! No tienen otro igual ciudades muy famosas.

La segunda de las obras inéditas de CARO, pero en valor intrínseco así como en bulto la primera de todas, es, sin duda, la que lleva el título, á primera vista enigmático, de *Días Geniales ó Lúdicos* (no *lúdricos*, como he visto escrito muchas veces). *Libro expósito. Dedicado á Don Fadrique Enriquez Afán de Rivera, Marqués de*

*Tarifa..... Por Juan Caro, Presbítero, Rector del Colegio de la Sangre de N. S. J. C. de su villa de Bornos y su Capellán.*

El nombre de Juan Caro no debe detenernos. Era un pariente suyo, de quien se valió RODRIGO para dedicar este su libro que llamaba *expósito* (esto es, echado por puertas ajenas) al duque de Alcalá. La razón de esta singular conducta no acertamos hoy á explicarla, aunque por otra parte no debe desvelarnos mucho. Lo que importa asegurar es, no sólo que los *Días Geniales* han pasado siempre por obra príncipe del insigne arqueólogo, expresándose así, ya en el rótulo, ya en notas marginales, que todas las copias tienen; no sólo que esta paternidad está asegurada por los amigos de CARO como Vázquez Siruela y D Ambrosio de la Cuesta, que le extractó<sup>1</sup>, sino que el mismo CARO (y esto corta toda disputa) le reconoce por suyo en el Memorial de servicios que ya citamos, y en su testamento.

<sup>1</sup> Á lo menos á este Cuesta atribuye Gallardo los extractos que hay en el códice Bb-145, núm. 21, de la Colombina (numeración de Gálvez), que son (¡parece increíble!) lo único que llegó á ver de esta obra, que no sé quién ha supuesto perdida.

Afortunadamente no es así, y basta hacer un viaje á Madrid ó á Andalucía para encontrar, sin grande esfuerzo, en poder de curiosos, siete ú ocho copias por lo menos, todas las cuales son, sin embargo, tan imperfectas, que no excluyen, antes bien solicitan imperiosamente que se fije el texto por medio de la impresión.

El título sería ininteligible, si no supiéramos que el grande enciclopedista Suetonio, especie de Varron de decadencia, habia escrito un tratado que se llamaba *Ludica*, hoy perdido como su *Prata*, de que tanto se aprovechó San Isidoro en las *Etimologías*. La *Historia Lúdrica* de Suetonio, cuyos fragmentos han sido cuidadosamente recogidos por los modernos, trataba en cuatro libros de los juegos de los muchachos entre los griegos y entre los romanos. Este mismo es el asunto de la obra de RODRIGO CARO, que, por lo demás, no pudo aprovechar de Suetonio más que el título, y lo poco que dice Servio en el comentario al lib. v de la *Eneida*.

• Distribuyó, pues, RODRIGO CARO su *Liber de puerorum lusibus* en seis diálogos, que llamó *Días Geniales*, es decir, días de recreación alegre y consagrados al Genio, y *lúdicos* por el asunto sobre que versan. Son interlocutores varios caballeros mozos reunidos en una heredad vecina á Utrera.

Es imposible, y por otra parte nada necesario (puesto que los *Días Geniales* van á ser pronto del dominio público), dar idea del caudal enorme de erudición greco-latina que RODRIGO CARO trae á cuento, para buscar con sagacidad, que á veces degenera en *ingeniatura*, pero que otras

muchas da en el blanco, el origen de todos los juegos y costumbres pueriles en la antigüedad más remota. Sólo puede compararse lo extraño de tal disquisición con la ciencia abrumadora que la realza. Es una verdadera orgía erudita en que el autor va probando de todos los toneles antiguos. ¡Y cuántas y cuántas revelaciones sobre usos y costumbres de nuestro pueblo, desdeñados por la pedantería erudita y ennoblecidos por CARO con el más linajudo abolengo clásico! Hay etimologías ridículas, ¿quién lo niega? Hay algo de impertinente en la acumulación de los testimonios; pero tales vicios eran inseparables de la Filología en el tiempo en que el autor escribió; ni hemos de olvidar tampoco que no dió la última mano á su libro, ni en su modestia le destinaba quizá para la impresión, aunque le dejó en sitio público, para que le disfrutasen los aficionados. Acaso temía que los graves teólogos y jurisconsultos, que pasaban entonces por únicos depositarios de la humana sabiduría, tuviesen por baladí su trabajo, y se riesen á mandíbula batiente de aquellos capítulos en que se declaran la historia y etimología de la taba ó del juego de las almendras, ó del trompo y la peonza, ó de la palomita blanca, ó de la rayuela. Quizá el mismo autor no logró hacerse superior á la preocupa-

ción, y no se atrevió á divulgar más lo que con tanto deleite había escrito *por muchos años*.

¡De cuán distinto modo juzgamos hoy, amigo Asensio! Quizá de todos los libros que ha publicado y puede publicar nuestra Sociedad de Bibliófilos, no haya ninguno tan generalmente deseado como éste. Hoy el estudio de las costumbres y ejercicios vulgares, y principalmente de los de aquella edad espontánea en que ejercen más dominio la herencia y el ejemplo, y en que el espíritu recibe y se asimila más dócilmente lo exterior, es parte principalísima de la historia moral de los pueblos, anillo de su tradición, testimonio vivo de sus orígenes y transformaciones, signo de raza, material preparado ya para la psicología popular y para las ciencias sociales, y, por último, voz elocuente que repetida en muchos pueblos demuestra mejor que sus crónicas y sus anales la identidad de sus orígenes, y remontándonos más allá, la unidad primitiva del linaje humano, que, entregado á sus propios y nativos impulsos, pone un tal sello de familia en todas sus creaciones. Nada es hoy indiferente para esta ciencia del saber popular que, nacida ayer, como rama muy secundaria de lo que hasta ahora se llamó Filología, ha crecido luego con tan vigoroso impulso, di-

latándose por los campos de la historia, y dando á veces inducciones á las ciencias filosóficas, cuando tratan del instinto y del hábito. Venemos, pues, el nombre del grande humanista, tan sabio como ingenuo, que por vivir él mismo cerca del pueblo, entendió que no háy para el estudio humano cosa vil ni pequeña ni despreciable, y recogió una á una todas las florecillas del campo que los pedantes hollaban con sus plantas.

El primero de los diálogos de RODRIGO CARO, tras de dar idea de los antiguos certámenes y juegos de Grecia y Roma, del estadio y del pentathlo, discurre sobre los juegos de toros y cañas, y sobre las diversas especies de saltación ó danza, sin olvidar las de las mozas gaditanas de Marcial. Es asunto del segundo diálogo la palestra en todas sus formas, el tiro de disco, de barra y de honda, el pugilato y las riñas á pederadas. En el tercero se contienen casi todos los juegos de azar, desde los pares y nones hasta los dados, naipes y damas. Los diversos géneros de pelotas y trocos, las hogueras de la noche de San Juan y los instrumentos usados en el corro, dan principal materia al diálogo cuarto. El quinto es todo de vayas y juegos de burlas, gritas y pullas, carátulas y escondites. En el

sexto hay de todo, pero predominan las consejas y supersticiones infantiles, acabando por donde parece que debía empezarse, es decir, por las canciones de cuna.

Queda ya dicha y deplorada la pérdida del otro libro de CARO sobre los *Dioses antiguos de España* (*Veterum Hispaniae Deorum manes sive reliquiae*, Ludovico Caro, betico, auctore. Liber unus); pero el que quisiera reconstruirle conjuntamente, encontraría mucho de él en las *Antigüedades de Sevilla* y en sus *Adiciones*, en el último de los *Días Geniales*, y sobre todo en los extractos formados (á lo que cree Gallardo) por D. Ambrosio de la Cuesta y Saavedra, que se conservan en el ya citado código Bb, tabla 145, núm. 21; y en una carta de RODRIGO CARO á Pellicer (Sevilla, 30 de Enero de 1640), publicada por la Academia de la Historia en el tomo I de su *Memorial*. Pellicer trabajaba á la sazón en sus *Anales de España*, y RODRIGO CARO le iba mandando por cuadernos el extracto de sus Dioses, «sacado todo de gravísimos autores griegos y latinos y de las inscripciones que había visto y leído.»

Tal como puede juzgarse por estos mutilados restos, el método de CARO no podía ser mejor, y hoy mismo no debería emplear otro el que

pusiese el hombro á esta temerosa empresa de la *Mitología Hispánica*, que no sabemos para quién estará guardada; pero en las consecuencias que él sacaba de los monumentos diciendo, v. gr., que España se llamó así por el dios Pan, y que de él vienen las palabras *bandurria* y *pandorga* (*quasi panos orgia*), ó que la raíz de *duende* ha de buscarse en el dios Endovélico, se mostraba largamente tributario de la flaqueza etimológica de su tiempo, que es también el único defecto de los *Días Geniales*. Así y todo, RODRIGO CARO parece la misma discreción en asunto de etimologías, si se le compara con el famoso Covarrubias.

Perdidas las notas latinas que CARO escribió á la Geografía del Nubiense <sup>1</sup>, resta sólo enumerar tres opúsculos suyos de antigüedades: el tratado *De los nombres y sitios de los vientos*, dirigido al licenciado Cristóbal de Aybar, canónigo de la colegial de San Salvador, y al Mtro. Francisco de Montoya, Presbítero; la *Respuesta á D. Martín de Anaya Maldonado en su Memorial de los Santos de Sevilla*, y el *Tratado de la antigüedad del apellido Caro*, dirigido á un pariente suyo, regidor perpetuo de Carmona. La *Respuesta* es inédita, si no yerro. El tratado *de los vientos* (que no tiene nada de meteorológico, y es todo de erudición

<sup>1</sup> Lo dice él mismo en el Memorial de sus servicios.

poética y gramatical, pues el autor dice «no he profesado matemáticas ni navegado en mi vida más que de Sevilla á Triana») puede leerse en el tomo I del *Memorial Histórico*. No tiene más objeto que concordar los nombres antiguos de los vientos con los modernos <sup>1</sup>.

El título de los *Claros Varones en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla, que inquietaría el lido*. Rodrigo Caro, promete más de lo que el libro cumple, el cual en realidad es sólo un fragmento, aunque deba estimarse por piedra angular de la bibliografía sevillana. «Comenzóle á escribir por ruegos míos (dice Vázquez Siruela), y pocos días antes que muriese, vino á mí muy alegre á decirme que proseguía este trabajo con mucho gusto, por haber hallado un doctísimo

<sup>1</sup> Si es auténtica esta postdata de carta de Juan Mello de Sandoval á CARO (Sevilla 23 de Octubre de 1609), podremos anotar entre las obras de RODRIGO CARO no halladas hasta el presente ni (lo que es más significativo) mencionadas jamás por el mismo autor, un discurso sobre *la definición de la Poesía*: «El discurso de V. m. sobre la definición de la poesía, tiene el Sr. Conde de Lemos, con noticia de su dueño, y le ha parecido muy bien, como á Espinel, la canción á las *Ruinas de Itálica*, que yo se la mostré en la calle Mayor de Madrid, y leyéndola dijo, antes que le dijéramos cuya era: «Este es ingenio nandaluz.» Dijele que sí, y el nombre. Bien puede V. m. creer es buena, pues ha sido graduada por tan gran censurante.»

Todo esto es muy curioso y muy bonito; pero, francamente, sería bueno ver el original. Entre tanto, *dubital Augustinus*. La carta está demasiado clara, y nos regala demasiado el oído, y apareció demasiado á punto, para que la aceptemos sin prudente cautela.

sevillano, llamado Pedro de Quirós, de quien hace mención Arias Montano en el prólogo de su *Retórica*.» El mismo CARO había formado un índice de los autores que pensaba incluir, pero cuyas biografías no tenía hechas. Los borradores de este trabajo paraban á fines del siglo XVIII en la librería del conde del Águila. Hoy sólo tenemos la copia de la Colombina, de la cual procede la malísima que hay en la Academia de la Historia. Al frente de ella escribió Gallardo en su peculiar estilo que «estaba hecha con ruda Minerva por mano del portero de dicha Biblioteca, que era un tosco gallego, llamado Sierra: *cauté legenda*.» El bosquejo de RODRIGO CARO fué continuado por D. Diego Ignacio de Góngora, Fr. José Muñana y D. Juan Nepomuceno González de León, oscurecidos todos por Matute y Gaviria, que está inédito, como todos los demás. Sólo Arana de Varflora, que es el peor de todos, goza de los honores de la estampa, y Sevilla, que podía tener una Biblioteca como la de Lattassa ó Ximeno, es en este punto de los reinos más desgraciados de España, aunque yo confío que nuestra Sociedad ha de remediarlo.

Mucho más podría decirse de las obras en prosa de RODRIGO CARO; pero es preciso acabar esta carta, ya larga en demasía, dando alguna

noticia de sus versos. Por la lengua en que están escritos, los dividiré en castellanos y latinos. Unos y otros son, por desgracia, en corto número, y aun estos pocos andan dispersos y no coleccionados. En realidad, RODRIGO CARO puso toda su alma en una sola composición—*Las Ruinas de Itálica*. Esta sola irá unida eternamente, como prenda de inmortalidad, á su nombre, de la misma manera que nadie apenas recuerda el nombre del inglés Gray sino por su elegía *En el cementerio de una aldea*, ni el del francés Millevoye sino por sus *Hojas caídas*, ni el del catalán Aribau sino por su oda *A la patria*. De todas maneras, ¡dichoso el que tuvo un momento lírico así, de inspiración propia y sincera! El mismo RODRIGO CARO no volvió á tenerle en su vida, y estuvo repasando eternamente sobre sus propias huellas.

La suerte de esta canción de las *Ruinas* ha sido extraordinaria; pero es, por otra parte, tan conocida, que casi sería de mal gusto el referirla menudamente, y mucho más el que yo se la contase á V., que la tiene olvidada de puro sabida en sus menores ápices. Encontró esta canción Sedano en el ms. M-82 de la Biblioteca Nacional, y no entendiendo las iniciales R. C. que lleva al frente, se la aplicó sin vacilar á Rioja,

con el levisimo fundamento de encontrarse las poesías de éste en el mismo códice, y de la semejanza de letra que creyó notar. Propagaron el error otros, y especialmente el gran Quintana, en antologías y colecciones poéticas de toda especie. El error no podía sostenerse, y se hubiera desvanecido como niebla, apenas cualquier aficionado hubiese pasado los ojos por el *Memorial de Utrera*, donde está copiada, no una sola vez, sino dos, la canción con notables variantes, declarándose RODRIGO CARO autor de ella, y refiriendo el tiempo y ocasión en que la hizo. Pero nada iguala á las sutilezas é ingeniosidades que discurre el error para perpetuarse, cuando parecía más descubierto. Matute en el *Bosquejo de Itálica*, el artillero Gil de Lara en un folleto ya raro, y después de ellos Colom y Amador de los Ríos y otros, vieron la luz, pero parece como que se complacieron en quebrar sus rayos, inventando una hipótesis, que atrasó en más de treinta años la solución de este problema de historia literaria. Imaginaron, pues (cosa disonante con todas las costumbres literarias del siglo xvii), que Rioja había *refundido* la canción de RODRIGO CARO. Para destruir tan lastimosa ingeniosidad fué menester que pareciesen dos nuevas copias de la canción, una autógrafa en

Carmona, otra copiada de autógrafos (quizá del colegio de San Alberto) por Gallardo, y entrambas llenas de variantes sustanciales, porque RODRIGO CARO, íntimamente convencido, sin duda, de la excelencia de su obra, no se hartó de retocarla mientras le duró la vida. Y fué menester, en fin, que viniese nuestro D. Aureliano (en su informe leído á la Academia Española) á demostrar que el texto más perfecto y acrisolado de todos, el que se conoció primero, y el que fué publicado por Sedano en el *Parnaso Español*, en suma, el del famoso códice M-82 de la Nacional, era todo de puño y letra de CARO, lo mismo que el de Carmona y los dos del *Memorial*, y el que vió Gallardo, diversos todos, y fecundos, ya en provechosa enseñanza, ya en escarmiento, mostrando cuatro de ellos qué perfección añade la asidua y discreta lima á las obras más espontáneas del ingenio, y siendo triste ejemplo la última del lastimoso abuso de las correcciones, cuando la frescura de la inspiración ha pasado y la sustituye el cálculo frío.

Grande parecía, sin duda, la figura literaria de Rioja antes de los descubrimientos que hoy le privan de las dos más celebradas joyas de su tesoro poético, pero ofrecía también algo de anómalo y contradictorio, como quien ocultaba

ba bajo su manto tres poetas de índole distinta. Quédele, en buen hora, la gloria de haber traído á la literatura castellana cierto linaje de inspiración á un tiempo elegíaca y meditabunda, que saca de las flores emblemas de dicha fugaz y documentos de moral sabiduría. Pero otra es la inspiración del despechado pretendiente que en la *Epistola Moral* trujo su desengaño en máximas estoicas á lo Séneca ó á lo Epicteto, remozadas por el poder vibrante del estilo; y otra la del poeta historiador que trajo á la lengua castellana la inspiración arqueológica del último de los cuatro libros de Propercio:

*Hoc quodcumque vides, hospes, quod maxima Roma est  
Ante Phrygem Aeneam collis et herba fuit.*

Entre las poesías de RODRIGO CARO ó atribuidas á él, cuatro vuelven á este tema de las ruinas y de los recuerdos de la grandeza romana, que verdaderamente le asediaban. La oda *Á Sevilla antigua y moderna*, que va con el libro de las *Antigüedades*, repite las ideas y hasta calca los versos de las *Ruinas*. En conjunto, esta repetición es harto desmayada (como de poeta anciano), é infecta, además, y no poco, por el culturanismo. Mucho más vale la silva *Á Carmona*

*na*<sup>1</sup>, hermana menor, sin duda, de las *Ruinas*, pero tal que en ninguno de los rasgos de su fisonomía niega el parentesco: «*quales decet esse sororum.*»

En cuanto á la interminable, y á un tiempo pedantesca y prosáica silva:

«Ora seas Utrícula famosa,  
Ora Betis antigua, patria cara,»

que hallará el lector al frente del «*Santuario de Nuestra Señora de Consolación*» resueltamente ni V. ni yo la tenemos por obra de CARO, aunque Gallardo se la atribuyese. Es imposible que CARO ni otro menos modesto que aquel hombre humildísimo, escribiera de sí propio tales alabanzas como las que se leen en esta *Silva de Utrera*. Llamar á nuestro Licenciado *intrépido Theseo*, *insigne y famoso Caro*, con otros tales bien merecidos elogios, sólo cae bien en pluma ajena, que debió de ser la de algún amigo suyo, cuyo nombre se reservó para mayores cosas. Se conoce que el tal amigo quiso tomar el aire y estilo de

<sup>1</sup> Impresa (creo que por primera vez) en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla* (tomo II, año 1856), con notas del mismo CARO, relativas á la etimología del nombre de Carmona, á su escudo de armas, y á la noticia que de aquella villa y de sus hijos se encuentra en las historias. El original de esta oda se conserva en poder de la familia de D. Javier Caro, vecino de Carmona, el cual posee además uno de los autógrafos de las *Ruinas*.



las silvas arqueológicas de CARO. Hay versos casi copiados de la de Carmona.

Tampoco doy asenso á la especie que echó á volar Gallardo, atribuyendo á RODRIGO CARO nada menos que la valiente silva de Quevedo *A Roma antigua y moderna*. Ciertamente que las *Tres Últimas Musas* son sospechosas en casi todo su contenido, como que el sobrino del gran satírico embutió en ellas á granel cuantos papeles le vinieron á la mano. Pero la silva de *Roma* tiene, á mi entender, tales rasgos de estilo quevedesco, sobre todo en su segunda parte, que me cuesta trabajo atribuírsela á otro que al mismo Quevedo. La vena de RODRIGO CARO es más igual, pero menos profunda y conceptuosa. Los rasgos de semejanza se explican por la casi identidad del asunto, y por la común imitación de Propertio, de quien literalmente traduce Quevedo los primeros versos de su oda, dejando luego correr su inspiración por cauce propio, en la pintura de la Roma cristiana y comparación con la antigua: todo lo cual es muy *suyo*, así en los primores como en las extravagancias, y enteramente ajeno de la manera de CARO. Queda dicho que él y Quevedo fueron íntimos amigos, pero ni aun es necesario acudir á la hipótesis, muy verosímil, de que conociese Quevedo la canción

á las *Ruínas*, y de ella recibiese el primer impulso para la suya. Bastaba haber estado en Roma, como él estuvo, y haber leído á Propertio. El único argumento que Gallardo alegaba en pro de su singular opinión era el hecho de haber encontrado en un códice de *poesías varias* (encabezado con las de Barahona de Soto) esta canción *copiada* de una letra que le pareció la de CARO, aunque el encabezamiento la atribuyese á Pedro de Espinosa, poeta florido y brillante, pero ajeno en todo de las altas y tristes filosofías que en aquella canción rebosan.

Á la hoja 81 y siguientes del rarísimo libro que coleccionó el Ldo. Francisco de Luque Faxardo con el título de *Relación de la fiesta que se hizo en Sevilla á la Beatificación del Glorioso San Ignacio, fundador de la Comp.<sup>a</sup> de Jesús* (Sevilla, por Luís Estupiñán, 1610), se lee de RODRIGO CARO una larga canción á San Ignacio, dirigida á los doctos censores y gimnasiarcas de los sagrados Juegos hispalenses<sup>1</sup>. Esta canción es muy

<sup>1</sup> La dedicatoria empieza así: «Habiendo el correo Cilleno de alados pies, intérprete de los celestiales, discurrido por varias ciudades de la docta Turdetania, publicando el cartel del solemne certamen, llegó cerca de las kalendas de Febrero á hacer este oficio, al esplendísimo municipio Siarense, de fundación Tyria, lugar no del todo menospreciado de las sagradas Musas...» Y firma «en Siaro (Utrera) un día antes de las Nanas de Febrero de 1610.»

desigual, pero tiene hermosos rasgos y versos muy valientes. Es feliz y está bien expresada la comparación entre la caída de San Pablo y la herida del Santo fundador de la Compañía :

«Que el un guerrero y otro habéis caído,  
Y ambas vidas nacieron de una muerte:  
Una dichosa suerte  
Os cupo, de llevar á las naciones  
En vasos de elección el dulce nombre  
Del Redemptor del hombre,  
Desde el Canopo oculto á los Triones »

Completan el escaso número de las poesías castellanas de CARO, que hasta hoy conocemos, una glosa inserta en la pág. 66 de la misma *Beatificación de San Ignacio*, y una *Esparsa* en alabanza del poema de Alonso Díaz *Historia de Nuestra Señora de Aguas Santas* (Sevilla, por Matías Clavijo, 1611).

Las poesías latinas son más en número y, generalmente hablando, mejores que las castellanas, si se exceptúa la incomparable canción á las *Ruínas*. Los epigramas que suele intercalar en sus libros históricos (véanse, por ejemplo, en los *Claros Varones en Letras*, los que dedica á D. Gonzalo Ponce de León, á la casa de Arias Montano en la Peña de Aracena, y al retrato de Hernando de Herrera) son elegantísimos. La oda

á la Virgen de las Veredas es pura, limpia, sobria y sencilla poesía, de corte legítimamente horaciano. El *Cupido pendulus*, que por el título y por el asunto recuerda á Ausonio, es un verdadero ditirambo, donde hierven, bullen y se agitan todas las alegrías de la vendimia y del otoño. El largo poema *Baetis urbs sive Utricula*, consagrado á celebrar las excelencias de los falsos mártires de Utrera, me parece mucho menos inspirado. Así y todo, no merecía tan buenos exámetros el *Pseudo-Dextro*.

Esto es, amigo Asensio, lo principal que yo sé acerca de RODRIGO CARO. Todo ello es poco, como V. ve; pero á Vds., doctos compatriotas de RODRIGO CARO, pertenece de derecho ampliar y corregir este primer conato de biografía.

De V. siempre verdadero amigo y seguro servidor Q. S. M. B.,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

